

Los libros de Kaimwa

GERARDO ELORRRIAGA. BILBAO

Bruno Kaimwa buscaba libros que hablaran de Zidane. Si no encontraba ninguno que tratara del astro del fútbol, rastreaba cualquier obra sobre el deporte rey, a ser posible ilustrada con atractivas imágenes. El objetivo principal era atrapar la atención del niño, quizás analfabeto, que acudía a la Biblioteca Karibuni, una iniciativa de la Institución Teresiana en la inmensa ciudad de Kinshasha. El se integraba en el grupo de los voluntarios que, un par de días a la semana, colaboraba con el centro, un lugar para estudiar, jugar o, simplemente, adquirir el hábito de la lectura en un país sin recursos culturales.

Ahora, este estudiante de un curso máster de Política Pública cuenta su historia en Bilbao. Cada año, el colegio Ikasbide celebra una semana de la solidaridad y este año se la ha dedicado al Congo. A lo largo de estos días, sus alumnos aprenden sobre una realidad específica del Sur y colaboran en un proyecto de cooperación. En esta ocasión, con el apoyo de la ONG InteRed, los fondos obtenidos permitirán proveer de materiales las estanterías de Karibuni.

Sin un esfuerzo en la formación no se consigue impulsar el desarrollo, asegura el joven, consciente del grave problema de la educación en su país. Los colonizadores belgas no la promovieron y el primer universitario se licenció en 1954. La independencia dio alas a la esperanza, pero nunca constituyó una prioridad para el dictador Mobutu. Durante treinta y cuatro años no tuvo ningún interés en organizar la educación.

Actualmente, el Estado no garantiza la escolarización y los padres no pueden afrontar el pago de las cuotas, por lo que muchos alumnos son expulsados antes de finalizar el curso. Sólo funcionan, más o menos bien, los colegios católicos, pero los niños pobres no acceden, lamenta. Sin ellas, el nivel caería a niveles muy bajos. A menudo, los estudiantes carecen de libros y las infraestructuras son mínimas.

Volver para trabajar

La biblioteca forma parte de un proyecto en red para todo el territorio. Además de proveer de libros, publicaciones periódicas y CDRom, posee un espacio al aire libre dedicado a los más pequeños. Aquí pueden jugar y sirve de recreo a los niños de la calle acogidos por la misma organización religiosa. Se puede colaborar con dinero o también con materiales, aunque estén castellano, porque si contienen fotografías o dibujos, los niños los interpretan.

Gracias a sus contactos en Bilbao, Bruno ha encontrado dos tipos de compatriotas con los que comparte un interés por ampliar estudios. Por un lado, aquellos que están trabajando y no tienen idea de volver y, por otro, los que quieren volver para trabajar por su tierra, explica.

El joven congoleño quiere regresar a Kinshasha cuando concluya su posgrado y llevar a cabo sus prácticas en alguna entidad pública. Confía en el futuro de su inmenso y potencialmente rico país, aunque sabe que no cabe demandar soluciones rápidas. Pero ya hemos dado el primer paso para conseguir una sociedad más democrática.

No se siente tentado por probar la aventura europea. El paraíso está donde nacemos, alega, aunque también asegura que la comunidad occidental debería dar incentivos para que los jóvenes con estudios colaboren en el progreso de sus países.

Él desea participar en la Administración y poner en marcha sueños, siempre vinculados con la erradicación de la ignorancia. Pretendo crear un Observatorio de la Educación, para analizar la realidad del Congo, de sus escuelas y trabajar para mejorar su calidad, dice. Eso es también política.